

# la revolución del mulato y su fantasma

**Donde hay hombres** sí hay fantasmas. La literatura fantástica, como bien sabía Jorge Luis Borges, no es más que una invención de esos clones, réplicas u homúnculos que el hombre necesita para vivir. Las mujeres y el espejo, según los habitantes de Tlön, pero también los fantasmas, crean la ilusión de un sobrepoblamiento que alivia la culpa del malthusianismo moderno. Por esa misteriosa eugenesia, que rescata el sueño de los alquimistas medievales, es que la mejor tradición de la literatura fantástica, de William Shakespeare a Javier Marías, pasando por Poe y Wilde, no se interesa tanto en la muerte del hombre como en la vida del fantasma.

No creo que haya en la historia proceso más fantasmagórico que una revolución. Estos acelerones del tiempo, según Simon Schama, además de traer consigo una ola de crecimiento demográfico como consecuencia de la furia uterina y el frenesí político-libidinal, producen un intenso destape de la imaginaria fantástica. La fiesta y el carnaval del *ancien régime*, como ha visto Mona Ozouf, se propagan paradójicamente durante las jornadas revolucionarias. De ahí aquellas leyendas sobre almas evanescentes y abominaciones espirituales en la Torre de Londres, durante la Revolución Gloriosa, o aquellas otras que narra Simon Linguet en sus *Memorias* acerca de los "enterrados vivos" que salían de las paredes de la Bastilla, por la noche, cuando el marqués de Sade recibía a los ocultistas en su celda, y los fantasmas de Morellet y Marmontel estudiaban, como abstraídos entomólogos, el esqueleto de las cucarachas.

La población de fantasmas crece en proporción a la cantidad de muertos. Y las revoluciones, ya lo advertían Burke y De Maistre, son fábricas de muertos. Por eso muchos líderes revolucionarios se ven terriblemente acosados por la resurrección espectral de sus muertos, hasta que un buen día sienten un malestar, un dolor, una fiebre inusitada, deliran y pierden la razón. Esa locura no es más que un rapto del alma del caudillo, ejecutado por sus propios fantasmas.

Durante las fiestas del Ser Supremo, Robespierre deliraba y parecía conversar animadamente con Dios y los arcángeles. Se dice que Francisco I. Madero, en los días sangrientos de la Revolución mexicana, hablaba con los espíritus flotantes de Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada. En 1923, atacado por las alucinaciones de la sífilis,

Lenin invocaba el alma racional de Hegel en sus *Cuadernos filosóficos*. Alexander Etkind cuenta en *Eros de lo imposible* que Stalin tenía, en el Kremlin, una especie de mago o ventríloquo que lo comunicaba con extrañas criaturas del más allá. En sus baños purificadores, en las aguas del Yang-Tse, Mao solía encomendarse a las almas de Wang Ngan-she y Chu Yuan-chang, emperadores progresistas de las dinastías Song y Ming.

En estos casos, el diálogo fantasmal podría ser una nueva versión de aquel coloquio brumoso entre Hamlet y el espectro de su padre, que, como ha ilustrado Javier Roiz, sirve de alegoría al complejo de culpa de todo político parricida. El "poder de la ausencia" entra en el presente por esa "puerta espectral" hacia donde miran, absortos, todos los políticos.

En La Habana, le escuché una historia asombrosa a una señora que era amiga de mi tía-abuela. Se llamaba Encarnación y había trabajado como sirvienta en el Palacio Presidencial, durante la dictadura de Batista. Después de la Revolución, el Palacio fue ocupado, primero, por un ejército de hombres licantrópicos, y luego convertido en museo. Pero Encarnación siguió allí, limpiando aquellas anchas escaleras, y aquellos salones y cuartos deshabitados.

Contaba Encarnación que la noche del 6 de agosto de 1973, unas horas después de la muerte de Fulgencio Batista en Estoril, cerca de Lisboa, escuchó un ruido como de golpes metálicos en los bajos de Palacio. La buena señora bajó las escaleras, pensando que sería el gato del cocinero. Se asomó al sótano y vio, en medio de la oscuridad, una especie de figura humana, iluminada por algún fuego fatuo, con un machete en la mano derecha que daba golpes contra el suelo. Esa noche Encarnación no pudo dormir, tratando de descifrar aquella imagen. Pero, al día siguiente, luego de escuchar por *La Voz de las Américas* la noticia de la muerte de Batista, concluyó que se trataba del espíritu irritado del mulato, otrora sargento, retando a un duelo de machetazos a su histórico rival: el comandante Fidel Castro.

La última vez que vi a Encarnación fue a principios de agosto de 1994. Una mañana llegó a mi casa con la noticia de que un grupo de jóvenes del barrio de Centro Habana habían salido a las calles a protestar contra el gobierno. Por la televisión oficial –la única que hay en Cuba– dijeron que se trataba de

vándalos que habían asaltado la cocina de un hotel y destruido las vidrieras de algunas tiendas cercanas. Pero luego se supo que eran decenas de miles de jóvenes que se enfrentaban a la policía porque querían abandonar el país. Aquella mañana, al despedirse de mí, Encarnación me susurró al oído: "Ya sabes que día es hoy, ¿no? 6 de agosto. Te lo dije. El mulato se sigue vengando".

Una revolución, dice Hannah Arendt, se propone siempre recomenzar la historia. Por eso, dentro de su pasado, cuyo acceso queda terminantemente prohibido, se experimenta una agitación espectral, una revuelta de fantasmas. No sé, entonces, si a Fidel Castro se le aparecerán almas en pena. Tal vez, más que los espíritus de sus enemigos, lo acosa el fantasma mismo de la Revolución. Porque esa edad de la historia de Cuba parece haber llegado a su fin y quizás sólo sobreviva, como un fantasma o como una pesadilla, en la sinuosa mentalidad de sus protagonistas. E incluso, es probable que el fantasma de la Revolución sea el propio espíritu de Fidel Castro, y que esa isla se gobierne, desde hace 50 años, por arte de magia o puro espiritismo. Al menos, a Fernando Ortiz y Lydia Cabrera no les habría disgustado esta idea.

Rafael Rojas  
Santa Clara · 65